

zones? ¿porqué no todos nos apresuramos, como ellos, á vestir el traje nupcial, que es necesario, según el mismo Jesucristo, para participar de su festín? ¿porqué nuestras almas, llamadas á desposarse con Jesucristo, rey eterno de la gloria, permanecen en un estado tan pobre y miserable? Si meditamos esta verdad, y la contemplamos á través de las luces de la fé, veremos que más destituida se halla el alma de las riquezas espirituales, que los más indigentes lo están de los bienes terrenos; Ah! ¿cuán cierto es que los que viven en el lujo y en la opulencia son más desgraciados que los que mendigan el pan! La pobreza en sí misma es inocente; pero los que son ricos con riquezas mal adquiridas son criminales ante Dios y ante los hombres.

Instruidos de la vanidad de las cosas terrenas con el ejemplo de los santos solitarios, alejemos nuestro corazón de toda codicia. No pongamos nuestra esperanza en los placeres y en los bienes de la tierra, sino únicamente en los del cielo. No deseemos ser ricos más que de estos bienes celestiales. Amemos el reino de Dios con todo el amor de que sean capaces nuestros corazones, y de esta manera tendremos la dicha de poseerlo.

---

### TEODORO <sup>1</sup>

Cuando san Juan Crisóstomo se puso bajo la dirección de Diodoro, como hemos dicho en otro lugar, atrajo á sus

<sup>1</sup> S. Juan Crisóstomo, Zozomeno, Bulteau.

condiscípulos Teodoro y Máximo, con los cuales habia estudiado bajo la dirección de Libanio, y que más tarde fueron obispos, el primero de Mopsueste, en Cilicia, y el segundo de Seleucia, en la Isuria. <sup>1</sup> Nada de particular tenemos que decir de este segundo, pero sí del primero con motivo de dos cartas que le escribió el Santo. Era de una familia noble y rica, y á estas ventajas unia prendas personales que podian hacerle brillar en el mundo: pues tenia una inteligencia viva y clara, escribia y hablaba con elocuencia, y poseia las letras humanas así como la historia; pero persuadido por san Juan Crisóstomo y movido por su ejemplo, se puso bajo la dirección de Diodoro que, según se cree, tenia un monasterio en un barrio de Antioquía, en donde profesó la vida religiosa.

No fué constante su resolución: pues algún tiempo después sucumbió á la tentación, y volvió á la casa de su padre con propósito de contraer matrimonio. Como el pajarillo escapado de su jaula se esfuerza por gozar más ampliamente de su libertad, así Teodoro, una vez salido de su retiro, se entregó á la disipación y al desarreglo de las costumbres, lo cual llenó de tristeza á sus compañeros, principalmente á san Juan Crisóstomo, que le escribió varias veces para atraerle al camino de la virtud. De creer es que le diera á entender Teodoro en una de sus contestaciones que miraba como imposible su vuelta, cuando el Santo le exhorta á que no se desanime. Por fin consiguió moverle: Teodoro confesó su falta, y volvió á su primera profesión. El resto de su vida pertenece á la historia eclesiástica: fué elevado á la silla de Mopsueste, y escribió contra Ario, Eunomio y Apolinar; pero dió en el extremo opuesto cayendo en los errores de Pelagio, y siendo el autor y padre de la impiedad nestoriana.

<sup>1</sup> Antigua comarca del Asia Menor en las montañas del Tauro.

Tillemont cree que de las dos cartas dirigidas á Teodoro que se hallan en las obras de san Juan Crisóstomo, una sola se refiere á Teodoro, de que aquí se trata, y la segunda á otro del mismo nombre. Pero han sido refutadas las razones que aduce, por lo cual nos atenemos á la opinión de los que sostienen que ambas fueron dirigidas á un mismo individuo. En la edición de las obras de este santo Padre se ha puesto en primer término la más larga que no es por cierto, la primera en el orden cronológico; pues en ésta manifiesta su dolor por la caída de Teodoro, y le exhorta vivamente á que se levante. » Si fuese posible, dice, que se estampasen sobre el papel los gemidos y las lágrimas, estaría esta carta llena de ellos. No es la causa de mi dolor el que te hagas cargo de los negocios de tu familia, sino el que hayas borrado tu nombre del catálogo de los religiosos, y violado las promesas que hiciste á Jesucristo. Esto es lo que me aflige en extremo, y me hace temer por tu alma, y no sin justo motivo; porque en la milicia espiritual sucede como en la del siglo: á los desertores se les castiga con la muerte.

Después de esta manifestación de dolor procura el Santo animar á Teodoro para ayudarle á levantarse: » No es el mayor de los males, dice, el sucumbir luchando, ó recibir una herida en el combate; mucho peor aún es quedar en tierra y rehusar la curación de la herida. Hemos visto atletas que, después de haber sucumbido, han vuelto á levantarse y han ceñido las laureles del triunfo: así como muchos soldados que, habiendo huido al principio de la pelea, han cobrado ánimo, y cayendo sobre el enemigo, le han derrotado. Haz tú lo mismo, querido Teodoro, ¿vas á entregarte enteramente al enemigo, porque al principio lleve éste la mejor parte? Cobra ánimo y no te consideres enteramente perdido, porque hayas recibido una herida; haz hincapié en el mismo paraje de la caída. No está mal

visto en el soldado el que caiga herido sino el que arroje las armas y huya.

« No te extrañe, pues, que habiendo declarado la guerra á la infernal serpiente, hayas recibido de ella alguna mordedura: pues vió el celo con que comenzaste, y comprendiendo que tu perseverancia te daría grandes ventajas, se ha apresurado á atacarte con los más violentos esfuerzos, y á contener tus progresos. ¿Quién no admira el desprecio que en un principio manifestaste á los placeres y vanidades del mundo, y el ardor con que te consagraste al estudio de las ciencias divinas? Olvidándote de la casa paterna, de su grandeza y opulencia, no pensabas más que en este santo estudio: pasabas el día en santas lecturas: empleabas la mayor parte de la noche en la oración, y á la nobleza de tu nacimiento preferías las más humillantes prácticas de la sociedad de los santos. Hé aquí lo que ha excitado el furor del demonio contra tí, y lo que le ha movido á declararte una guerra la más cruel y encarnizada. Es verdad que ha descargado sobre tí grandes golpes; pero no son incurables. ».

Yo no desesperaría de tí, cuando hubieses caído después de vivir largo tiempo en los ejercicios de la vida religiosa, por más que sea un mal muy considerable perder el fruto de tantos trabajos y de tantas victorias. Pero como has sido vencido en el principio, abrigo la esperanza de que, levantándote, emprenderás con más ardor el combate contra el enemigo. Debes ser como un león á quién se ha querido matar, pero á quién no se ha hecho otra cosa que rozar la piel: lejos de debilitarlo, se le ha hecho más furioso. Así pues, el primer golpe que sobre tí ha descargado el enemigo no debe servir para otra cosa que para hacerte más circunspecto y vigilante y para animarte con nuevo ardor. »

« David culpable de adulterio y homicidio, no esperó recibir una tercera herida en su alma, sino que immedia-

tamente acudió al remedio saludable, y para apaciguar la justa ira del Señor, empleó los ayunos, la oración y la sincera confesión de sus pecados, con lo cual tuvo la dicha de alcanzar el perdón y volver á su primitivo estado. »

Para prevenir la falsa excusa que pudiera alegar Teodoro de haberse comprometido á llevar una carga superior á sus fuerzas, le representa san Crisóstomo que esto es un falso pretexto : puesto que el mismo Jesucristo es el que nos invita á llevar su yugo, por lo mismo que solo él es el que puede procurar un verdadero alivio y un sólido reposo á nuestras almas. Pruébale esta verdad estableciendo una comparación entre la vida de un hombre de mundo y la de un discípulo de Jesucristo. « Veamos, dice, lo que puede hacernos felices sobre la tierra. ¿ Serán las dignidades y las riquezas ? Pero no creo que tú llames feliz al que, hallándose constituido en dignidad, tiene el cargo de gobernar á otros ; se halla expuesto al odio y murmuración de sus súbditos, así como al temor de otros superiores á él, á quienes tiene que dar cuenta de su administración. Considera que el que hoy se halla elevado á la categoría de juez, no tarda en caer de su rango y queda reducido á la condición ordinaria. La escena de este mundo cambia tan fácilmente como la de los teatros. Hoy ejerce aquí un hombre el cargo de emperador : allí otro el de juez : más allá otro un importante cargo militar, pero la muerte hace desaparecer en un instante todas estas dignidades, todos estos honores. El que era emperador ya no reina : el juez ya no es juez : el general ya no es general. Más despues de la muerte todos seremos juzgados, no según el rango que hayamos tenido en el mundo, sino según nuestras obras. Esto mismo que acabo de decir de las grandezas humanas puede aplicarse á las riquezas : pues desgraciados aquellos, dicen las santas Escrituras, que confían en sus propias fuerzas y se glorían en su abundancia.

Lo contrario sucede al cristiano. No desciende de la dignidad de juez á la de simple ciudadano : no pasa de las riquezas á la miseria, ni de los honores á las humillaciones, sino que es tanto más rico, cuanto más despojado se halla de todo, tanto más grande cuanto más se humilla, sin que abrigue el temor de perder el rango á que su virtud le ha elevado, y en el cual, aunque no gobierne á los hombres, ejerce un imperio eficaz sobre el príncipe de este mundo y las potestades del averno.

Ocupándose, por último, san Crisóstomo en lo relativo al matrimonio que proyectaba Teodoro, conviene en que este estado es lícito y honroso, pero no para los que, como él, se han consagrado á Jesucristo. « Es verdad, dice, que Dios no prohíbe el matrimonio ; pero también lo es que condena el adulterio, y que el que se casa, estando consagrado á Jesucristo, se hace culpable de adulterio. Pues si por virtud del matrimonio la mujer entra bajo la potestad del marido, con mucha más razón el que se ha ligado con los lazos de la religión entra bajo la de Jesucristo. »

De estas palabras se deduce, dice Bulteau, que en la época de san Juan Crisóstomo constituía la profesión religiosa un voto que impedía el matrimonio : pues habiendo Teodoro vuelto al siglo para contraer matrimonio, le manifiesta el Santo que, despues de haberse consagrado al Esposo celestial, no le era permitido tomar mujer, y que lo que él llamaba matrimonio no sería más que un adulterio.

Continuando el santo Doctor sus exhortaciones á Teodoro, le representa los suplicios con que sería castigada su prevaricación, si no se arrepentía. « Considera, le dice, querido Teodoro, que, si ahora desprecias las invitaciones de Jesucristo, le tendrás un dia por juez. Piensa en ese rio de fuego de que no podrás salir, una vez que hayas caído

en él, y en el que no encontrarás reposo. Nada debe haber tan precioso para tí como tu alma: no te dejes seducir por el enemigo. Dile con ánimo esforzado que no quieres escuchar sus seducciones, ni seguir los placeres del mundo. Dirige tus manos suplicantes al cielo, y el Señor extinguirá los funestos ardores que te abrasan, ó mejor dicho, los empleará en consumir á los que lo han encendido en tu alma. Si así lo haces, dejarás de sentir sus perniciosos efectos, y tu alma será refrescada con el dulce rocío con que te consolará el Señor. Por tu parte procura no exponerte al peligro: porque te sucedería lo que á una ciudad sitiada, que, despues de haber sostenido durante largo tiempo los asaltos del enemigo, puede ser tomada en un momento por la traición de alguno de sus habitantes. Ejerce continua vigilancia sobre tus sentidos para que no te hagan traición. De esta manera harás inútiles los esfuerzos de los enemigos que te ataquen, y no prevalecerán contra tí.»

San Juan Crisóstomó le representa, por último, cuanto se interesan todos los religiosos por su conversión. «No soy yo solo, dice, el que lamento tu deserción: muchos y muy esclarecidos personajes han concebido también un vehementísimo dolor. Valerio, ese santo hombre, ese hombre de Dios, su hermano Florencio, que con tan admirable perfección imita sus obras de santidad, Porfirio, verdadero sabio con la sabiduría de Jesucristo, y todos los demás religiosos se encuentran en extremo afligidos: deploran día y noche tu caída, y ruegan incesantemente por tí. Indudablemente habrían percibido ya los efectos de sus oraciones, si tú hubieses hecho algunos esfuerzos por librarte de tus enemigos. ¿Será posible que mientras que todos tus hermanos piden continuamente á Dios que vuelvas á su lado, solamente tú no te intereses por tu propio bién? Yo te ruego, por lo tanto, que no perma-

nezas en un estado tan deplorable para tí y tan doloroso para nosotros, y mucho más aún, que no te desanimes. ¿Como puede descorazonarse un jóven de veinte años? Pero aún cuando tuvieses mucha más edad, no sería excusable en tí.»

Tal es el resumen de la primera carta. La segunda, mucho más larga, y que por lo mismo debiera llamarse más bién un libro, es aún más enérgica. Es de creer que, cuando el santo escribió la primera, no tenia noticias de la conducta de Teodoro, y que no sabia otra cosa que su salida del monasterio y su designio de contraer matrimonio. Pero debió saber despues, que se entregó á los placeres y á la disipación, y esto es, sin duda, lo que le obligó á ser más extenso y contundente en esta segunda carta. También es de creer que de esta segunda, en que abundan pensamientos sublimes y se admira una expresión vivísima, es de la que dice Zozomeno que hay en ella algo divino que excede á la capacidad humana, y que demuestra la admirable fuerza de persuación que le distinguia.

¿Quién me dará lágrimas suficientes, dice, para llorar, como debo, el asunto que motiva este escrito? Creo tener tanta ó más razón que el Profeta de las Lamentaciones cuando lloraba la ruina de Jerusalem. Yo no lloro la destrucción de una ó muchas ciudades: lloro la perdida de un alma, que es de mucho más precio que el mundo entero. Si uno solo que abserva la ley de Dios vale mucho más que diez mil que la quebrantan, ¿con cuanta más razon, ó Teodoro, debo yo afligirme por la pérdida de tu alma, más que el Profeta por la cautividad de algunos millares de judíos? Nadie se extrañe de que mi dolor no tenga límites: no lloro por la destrucción de una ciudad, ni porque algunos judíos infieles á su Dios hayan sido reducidos á servidumbre, sino porque se ha destruido un templo espiritual en que habitaba el mismo Jesucristo. Si álguien